

ritos contendientes no pasarian de la Rinconada, Linares y San Fernando de Presas.

El coronel D. José López Uruga, que como ya hemos dicho, tenía á su cargo la Ciudadela, se resistió al principio á entrar en la capitulacion, pero comprendiendo que su sacrificio seria del todo estéril, evacuó el edificio, que acto continuo ocupó el general americano Smith.

El 26 salió de Monterey el general en jefe Ampudia con una brigada de infantería y otra de caballería al mando del general Jáuregui, y el 27, dia de gratos recuerdos para México por ser aniversario de la consumacion de su independencia en 1821, por el ilustre Iturbide, terminaron nuestras fuerzas la desocupacion de la ciudad en cuyos edificios ondeó el pabellon de las estrellas, en vez de la gloriosa bandera de Guadalupe.

Entretanto se efectuaban los sucesos que acabamos de relatar, el general D. Antonio López de Santa Anna, en cuyo favor se hizo la revolucion del 4 de Agosto, llegó á México el 14 de Setiembre, y cuando se creia que inmediatamente se apoderaria del sillón presidencial, se le vió retirar á Tacubaya sujetándose estrictamente al cumplimiento del plan de la Ciudadela, que ordenaba hiciese el Congreso el nombramiento de presidente.

El general Santa Anna consideró que era preciso obrar con actividad sobre los invasores que asediaban la frontera del Norte y dispuso salir personalmente el 28 del mismo mes de Setiembre, en auxilio del general Ampudia con una division de tres mil hombres que formaban los batallones 1º ligero, 11º de línea, 2º activo de México, algunas baterías de artillería y los cuerpos de

caballería de húsares 2º, 4º y 5º y el escuadron ligero de Puebla, que tomó la denominacion de cazadores de á caballo llegando á San Luis Potosí el 14 de Octubre. Tres dias despues lo verificó procedente de Monterey el ejército del Norte, que ascendia á cuatro mil hombres.

El general Ampudia fué depuesto del mando y sujetado á un juicio, pero él de antemano para descargar su responsabilidad, acusó á los generales D. Simeon Ramirez, D. Antonio M. Jáuregui, coroneles D. Nicolás Enciso, D. José María Carrasco y algunos otros jefes de menor graduacion. En consecuencia se abrió á todos un proceso, pero á poco tiempo, previo parecer fiscal y dictámen del asesor, el general Santa Anna mandó sobreseer, y vindicar á los acusados en la órden general del dia.

No obstante que al rendirse Monte-

rey se pactó una suspension de hostilidades por ocho semanas que deberian cumplirse á mediados de Noviembre, el general Taylor la dió por terminada el 5 del mismo mes por órden expresa de su gobierno, dando aviso al general Santa Anna, quien contestó el 10 desde San Luis Potosí «podía comenzar sus operaciones cuando gustase, á que corresponderia debidamente, pues que por el espíritu y decision que advertia en todos los mexicanos, debería desechar (Taylor) toda idea de paz, mientras un solo americano pisase armado el territorio mexicano.»

Por no hacer muy largo este capítulo, no nos detendremos en referir la desocupacion del puerto de Tampico por el general Parrodi, ni las desavenencias habidas entre los generales Santa Anna y Valencia, que motivaron el destierro de éste último á Guanajuato ni las ope-

raciones de los americanos y solo diremos que el citado general Santa Anna con una actividad asombrosa, y que mereció elogios de sus mismos enemigos, se dedicó á poner su ejército bajo un pié brillante, á pesar de los escasos elementos con que contaba, y á principios de Enero de 1847, pasaron revista en San Luis Potosí, cerca de veinte mil hombres. El Estado de Jalisco dió un contingente de dos mil hombres al mando de los coroneles Perdigon, Garay y Montenegro; el de Guanajuato cinco mil, y otros Estados seis mil.

En México permaneció al frente del gobierno el general Salas hasta el 23 de Diciembre de 1846, y justo es decir en honor suyo, que procuró ayudar al general Santa Anna, hasta donde pudo, proporcionándole los recursos suficientes para mantener su ejército, cuyo presupuesto estuvo cubierto hasta el día 31 del mismo mes.

El Congreso convocado por el plan de la Ciudadela nombró al general Santa Anna y á D. Valentin Gómez Farias presidente y vice-presidente de la República, pero por ausencia del primero, se encargó el segundo el día 24 del poder ejecutivo.

Como es bien sabido, el Sr. Gomez Farias, despues de la caída de Iturbide, cuyo nombramiento de emperador votó con verdadero entusiasmo, se filió en el partido liberal exaltado, y desde luego se propuso hacer triunfar sus ideas, echándose sobre los bienes del clero, como ya habia intentado hacerlo en el año de 1833, y no tuvo presente que con el más puro patriotismo acababa de prestar en 1846, un millon de pesos para hacer la guerra á los invasores norteamericanos.

El 11 de Enero de 1847, autorizó el Congreso al ejecutivo para propor-

narse hasta quince millones de pesos, á fin de continuar la guerra con los Estados Unidos, hipotecando ó vendiendo bienes del clero en subasta pública, con el objeto de percibir aquella cantidad. Esta ley llamada de manos muertas fué muy mal recibida, al grado de que el gobernador del Distrito de México renunció su empleo y las diversas personas á quienes correspondía suplirlo no aceptaron, hasta que por fin se prestó á publicar la ley el Sr. Regidor D. Juan José Baz, siendo desde aquella época enemigo encarnizado de la Iglesia Católica; pero se dice que la nieve que cubre su cabeza ha ido modificando mucho desde hace poco tiempo sus ideas, cosa que celebramos.

El 15 de Enero expidió el Sr. Gómez Farias un reglamento para la ejecución de la citada ley, disponiendo se realizaran bienes por valor de diez millones de pesos en esta forma:

Arzobispado de México....	\$5,000,000
" " de Puebla....	2,000,000
" " de Guadalupe....	1,250,000
" " de Michoacan	1,175,000
	<hr/>
	\$10,000,000

Ningun comprador se presentó, por lo cual el gobierno léjos de conseguir un centavo, se atrajo la mayor odiosidad, siendo la primera víctima el ejército acantonado en San Luis Potosí, pues comenzó á carecer de sus haberes, y el general Santa Anna para socorrerlo se echó sobre unas cien barras de plata, de propiedad particular, por valor de ciento y tantos mil pesos, hipotecando en garantía sus propios bienes, cosa que no tenemos noticia haya hecho en la República Mexicana ningun otro personaje. Como un rasgo de honra-

dez é integridad del general Santa Anna, diremos que al ausentarse del país á fines del mismo año de 1847, cubrió de su propio peculio la citada cantidad, reembolsándose como era muy justo, en 1853 cuando por última vez ocupó el poder.

Las medidas del gobierno sobre los bienes de manos muertas, seguian encontrando mucha resistencia en el pueblo, que entónces profesaba únicamente la religion católica, y como la guardia nacional por la misma razon desaprobaba la conducta de D. Valentin Gómez Farias, este dispuso marchara en auxilio del puerto de Veracruz amenazado por la escuadra americana.

Los cuerpos de esa milicia eran: INDEPENDENCIA compuesto de artesanos, abogados, médicos y comerciantes en número de mil hombres, al mando del general D. Pedro M. Anaya; HIDALGO, á las órdenes del general D. José Ma-

riano de Salas; VICTORIA, á las de coronel D. José Gómez de la Cortina, MINA, á las de D. Lucas Balderas y BRAVOS á las de D. Manuel Payno, actualmente cónsul general de México en España. Todas las personas que como soldados rasos formaban los cuerpos, no recibian un solo centavo del gobierno, de consiguiente no estaban obligados á marchar, abandonando á sus familias y á sus intereses, por lo cual y siguiendo el torrente de la opinion pública que era hostil al Sr. Gómez Farias, proclamaron su caida el dia 27 de Febrero y reconocieron por su jefe al general D. Matías de la Peña y Barragan.

Los autores de la obra "Apuntes para la historia de la guerra," censuran el pronunciamiento de la guardia nacional, però no pueden ménos de decir estas palabras que son su mejor defensa: "*sea como fuere, el movimiento tuvo la acep-*

tacion general en México, porque el gobierno de Farias era ya para muchas personas de todo punto intolerable."

Un mes ántes el general Santa Anna, á quien injustamente acusaba la prensa de México por nó emprender ningunas operaciones sobre el ejército de Taylor, dispuso salir de San Luis Potosí en su busca y al efecto comenzaron á marchar nuestras fuerzas, en este órden, el 28 de Enero: la artillería con sus trenes y el material de guerra, el batallon de zapadores y la compañía de San Patricio; el 29, la 1ª division al mando del general D. Francisco Pacheco; el 30, la 2ª division á las órdenes del general D. Manuel Maria de Lombardini y el 31 la 3ª que mandaba el general D. José María Ortega. Estas tres divisiones eran de infantería, y la caballería formada de cuatro brigadas al mando de los generales D. Anastasio Torrejon,

D. José Julian Jubera, D. Manuel Andrade y D. José Vicente Miñon, estaba escalonada de antemano desde la hacienda de Bocas hasta la de la Encarnacion.

El general Santa Anna con su estado mayor, cuartel mestre general, comandantes generales de artillería é ingenieros, etc., etc., salió de San Luis el día 2, y el 19 habia llegado todo el ejército á la ya citada hacienda de la Encarnacion, pasándose una revista de la que resultó haber 14,048 hombres de todas armas, pues áun cuando habia salido de San Luis mayor número, quedó de reserva en Matehuala una brigada de infantería al mando del general D. Ciriacó Vazquez. Sin embargo, el ejército tuvo en su travesía, segun el parte del general Santa Anna, una baja como de mil hombres, motivada por las enfermedades y la desercion, á consecuencia de

las penalidades consiguientes en la época más cruel del invierno, durmiendo las tropas al vivac en aquellos desiertos.

Después de dos días de descanso en la Encarnación, salió el ejército á las doce de la mañana del 21, rumbo al puerto del Carnero, á donde pasó la noche el general Ampudia con los cuatro batallones ligeros que formaban la vanguardia, y el regimiento de húsares. Las demás tropas quedaron cerca del puerto de Piñones. El 22 al amanecer se continuó la marcha y al llegar el general Santa Anna á la Encantada, mandó á las once del día, una intimación á Taylor para que se rindiera, la que como era de esperarse, rehusó abiertamente.

Pocas horas después se encontró al enemigo en la Angostura posesionado delante y detrás del camino. "Su dere-

cha y el frente, dice el general Santa Anna en su parte oficial, se hallaban cubiertos por una porción de barrancas intransitables aún para la infantería; en el punto más culminante, tenia situada una batería de cuatro piezas; sobre la loma se veían formados los batallones con otras dos baterías: una de estas quedaba colocada entre la parte baja del camino entre dos lomas, y en todo me pareció haber visto sobre ocho mil hombres (1) con más de veinte piezas."

El general en jefe Santa Anna colocó sus tropas, á medida que iban llegando, de una manera conveniente, y observando á su derecha un cerro que debía considerarse como la llave de la posición enemiga, dispuso que los cuerpos lige-

(1) El Sr. Roa Bárcena dá al ejército norteamericano, un guarismo de 334 oficiales y cerca de cinco mil soldados, y el Sr. D. Marcos Arrióniz en su manual de "Historia y Cronología de México," el mismo número de oficiales y 4.425 soldados.

ros, al mando del general Ampudia, se apoderasen de él, ántes de que lo hiciesen los americanos.

Nuestros soldados á la voz de sus jefes y oficiales iban muy entusiasmados, y á pesar de lo elevado, pendiente y escabroso del terreno, de la multitud de abrojos de que está sembrado y de todas las dificultades que habia que vencer, el capitan D. Leonardo Márquez con su compañía de tiradores del primer regimiento ligero, fué el primero que tuvo la gloria de llegar á la cima, rompiendo el fuego á los invasores. Lo siguió el capitan D. Luis G. de Osollo con su compañía de flanqueadores del mismo 1º ligero, y despues el resto del regimiento, con su jefe el teniente coronel D. Domingo Gayosso. En seguida lo verificaron los regimientos 2º, 3º y 4º mandados respectivamente por sus valientes jefes, comandante de batallon

D. Julian de los Ríos y coroneles D. Juan Baneneli y D. Carlos Brito.

El coronel americano Marshall, con varios batallones, sostuvo el fuego, que fué muy nutrido desde las cuatro de la tarde hasta las siete de la noche, hora en que se retiró á las posiciones inferiores de la línea enemiga quedando el general Ampudia en plena posesion del cerro.

Una hora ántes el general Taylor, comprendiendo que la batalla definitiva tendria lugar al siguiente dia, se retiró para el Saltillo, situado á tres leguas de la Angostura, para dictar todas sus disposiciones, y volvió al teatro de la guerra el 23 en la mañana, cuando ya se habian roto las hostilidades.

A la madrugada de dicho dia las avanzadas americanas fueron arrolladas por las mexicanas y á las cinco comenzó la batalla entre los cuerpos ligeros que la

tarde anterior habían ocupado un cerro, cubriéndose de gloria, reforzados por el 4º de línea, cuyo jefe era el bizarro teniente coronel D. Gerónimo Calatayud, y los rifleros americanos mandados por el coronel Marshall y el mayor Trail.

El general Santa Anna montó á caballo al amanecer, recorriendo su línea y siendo victoreado por sus soldados poseídos del mayor entusiasmo. Examinada la posición enemiga dispuso el expresado general mover sus tropas por la derecha y que la brigada ligera al mando del general Ampudia cargase sobre el flanco enemigo siguiéndole las divisiones Lombardini y Pacheco; al general Micheltorena, cuartel maestro general del ejército, le ordenó situar la batería de cañones de á 8 por nuestro flanco derecho, para que oblicuase sus fuegos sobre la línea de batalla enemiga, y hácia la derecha de los invasores

fué enviado el general D. Ignacio Morra y Villamil, con una columna de ataque compuesta de los batallones de ingenieros, 12º de línea, fijo de México, Puebla y Tampico, siendo el jefe inmediato de estas tropas el coronel D. Santiago Blanco. Dispuso además el general en jefe que el general D. Antonio Coroná, comandante general de artillería, colocase la batería de á doce en una posición mas dominante y por último quedó en reserva la division Ortega. (1)

Las tropas americanas ocupaban su posición en una línea *considerablemente fuerte*. «El camino en este punto, dice el historiador D. Márcos Arróniz, *es un pasadizo estrecho*, y el valle á su derecha se hace casi impracticable para la artillería por multitud de zanjas *extraordinariamente hondas*, mientras por la iz-

(1) Parte oficial del general Santa Anna, sobre la batalla de la Angostura.

quierda una sucesion de barrancas y precipicios se extiende mucho más allá de las montañas que cierran el valle. La desigualdad del camino era tal que casi debia paralizar los movimientos de la artillería y caballería enemigas, mientras que su infantería no podía tampoco sacar toda la ventaja que debia darle su superioridad numérica. (1)

«La batería americana del capitán Washington se colocó de modo que dominaba el camino, mientras los regimientos 1º y 2º Illinois, á las órdenes de los coroneles Hardin y Bissel y el 2º Kentucky á las del coronel Mac Kee, ocupaban las crestas de los cerros á la izquierda y retaguardia. Los regimientos de caballería Arkansas y Kentucky, á las órdenes de los coroneles Yell y

(1) Se trata del ejército mexicano y las palabras subrayadas son tomadas del parte del general Taylor.

Marshall; ocupaban el extremo izquierdo cerca de la base de la montaña, mientras la brigada Indiana, al mando del brigadier Lane, compuesta de los regimientos 2º y 3º á las órdenes de los coroneles Bowles y Lane, los rifleros del Mississippi mandados por el coronel Davis, los escuadrones del 1º y 2º regimiento de dragones, á las órdenes del capitán Steen y del teniente coronel May y las baterías ligeras de los capitanes Sherman y Bragg, del número 3 de artillería, ocupaban la reserva.

Dadas á conocer las posiciones de ambos ejércitos en el momento de comenzar la acción, diremos que la columna del coronel D. Santiago Blanco, fué recibida con un mortífero fuego de cañon, y nuestros valientes soldados lejos de desconcertarse, seguian impávidos su camino esperando cargar á la bayoneta sobre los enemigos; pero el

general Santa Anna viendo los estragos que sufrían, dispuso suspendiera la marcha el coronel Blanco, permaneciendo en el punto en que se encontraba bajo los fuegos contrarios.

Nuestra ala derecha al mando del general Ampudia y comenzando por el 1.º ligero, hizo un cuarto de conversión sobre la izquierda enemiga y las divisiones de los generales Pacheco y Lombardini atacaron el centro. En lo más recio del combate recibió una honrosa herida el último de los citados generales, y tomó el mando de su división el general D. Francisco Perez. La división Pacheco, no obstante los esfuerzos de sus dignos generales, jefes y oficiales, no tarda en desbandarse por ser bizoños todos los soldados, y al ver esta dispersión, los invasores, soñando en un triunfo avanzan con intrepidez. Entonces el valiente general Pacheco reorga-

niza sus tropas, que presenta al general Santa Anna, y éste con asombrosa actividad forma con ellas, la columna del coronel Blanco y la división Perez, una nueva línea de batalla. El enemigo en número de cuatro mil hombres, con tres piezas dirige su ataque, pero fué recibido con un vigoroso fuego por el batallón de zapadores, que accidentalmente mandaba el teniente coronel D. Mariano Reyes, el 11.º y 12.º de línea, fijo de México, Tampico y los cuerpos que formaban la división Perez, cargando en seguida toda la línea á la bayoneta hasta desalojar al enemigo de todas sus posiciones y reducirlo á su retrinchamiento de Buenavista, distante más de media legua de su primera línea de batalla, dejando en poder de nuestras tropas que mandó personalmente el general Santa Anna, tres cañones, una fragua de campaña, tres banderas y algunos otros objetos.